

Gabriel Tortella

## El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX

Madrid, Alianza, 1994

CARLES SUDRIÀ

Universitat de Barcelona

**E**l libro de Gabriel Tortella se ofrece como un manual de historia económica de la España contemporánea. De hecho, es el primer manual merecedor de este nombre que abraza los últimos dos siglos desde el publicado por J. Vicens Vives (con la colaboración de J. Nadal) en 1959. Y éste sólo introducía el siglo XX en dos apéndices y únicamente hasta 1936. Se trata, en consecuencia, del primer intento serio de analizar globalmente el enorme cúmulo de materiales que ha producido la historia económica española en los últimos treinta y cinco años y de presentar el resultado de forma articulada y accesible a alumnos primerizos y a lectores no especialistas. No cabe duda de que Gabriel Tortella está bien cualificado para ello. Ha sido uno de los que más han aportado al conocimiento de la historia económica reciente de España desde diversas perspectivas. Su ya larga labor investigadora en este campo le ha valido recientemente la concesión del Premio Rey Juan Carlos I de Economía. Es, además, un escritor culto, ágil y ameno, cualidades todas ellas indispensables para hacer digerible algo potencialmente tan indigesto.

Desde su vocación explícita de manual, el libro pretende ofrecer una perspectiva completa y actualizada de lo que hasta ahora sabemos sobre el desarrollo económico contemporáneo de España. Su elaboración ha exigido, en consecuencia, un arduo trabajo de examen, ordenación y análisis de materiales de todas clases. A mi juicio, el objetivo de exhaustividad temática lo alcanza Gabriel Tortella de forma muy satisfactoria. Todos aquellos factores que pudieron tener alguna incidencia en el desarrollo económico español contemporáneo tienen su espacio y su tratamiento. En cambio, el objetivo de ofrecer una síntesis actualizada se consigue sólo de forma irregular. Se observa que, en la parte correspondiente al siglo XIX, el material esencial es el que fue utilizado por el propio Tortella en un texto de 1981. Por otro lado, la opción por una historia unitaria le permite obviar casi toda la bibliografía de ámbito regional o local, lo que a su vez empobrece en determinadas ocasiones el análisis de algunos fenómenos importantes.

Dadas sus características omnicomprendivas, reseñar un libro como éste resulta una tarea muy compleja. Se hace indispensable centrarse en algunos aspectos, dejando de lado otros que pudieran resultar igualmente interesantes. Mi propósito no es analizar el libro de Gabriel Tortella como manual, esto es, en lo referido a su utilidad como instrumento docente, sino en su carácter de ensayo a cerca del desarrollo económico contemporáneo de España, de sus fracasos y de sus éxitos. Presentar una interpreta-

ción sobre estos extremos es sin duda una de las pretensiones del libro, un texto lleno de opiniones claras y contundentes sobre las cuestiones más polémicas que ocupan a los historiadores económicos españoles. Vamos a analizar algunas de ellas.

Cuando uno se enfrenta al reto de elaborar un texto de las características y ambición del presentado por Gabriel Tortella, debe forzosamente adoptar determinadas decisiones previas sobre su ámbito y enfoque. Nuestro autor ha optado por estudiar España en su conjunto, con muy pocos matices regionales; por analizar el fenómeno del desarrollo económico en el muy largo plazo; y por utilizar como eje de su análisis una perspectiva teórica liberal. Ninguna de estas opciones es criticable siempre que su aplicación no introduzca dificultades en la comprensión del fenómeno que se trata de explicar.

La opción por una historia "nacional" española no creo que limite la capacidad explicativa de su discurso. Naturalmente, aquellos que busquen en el libro referencias específicas a determinadas regiones o ciudades no encontrarán satisfacción en su lectura, pero este no era el objetivo de Tortella. En algunas ocasiones el autor se deja llevar por la tentación de pensar en el territorio español como un mercado perfectamente integrado mucho antes de que tal consideración sea legítima, pero en la mayoría de las ocasiones es consciente de los efectos que las dificultades del transporte y las institucionales imponían a la libre circulación de mercancías y personas.

La opción por un análisis de muy largo plazo me parece la más adecuada a la finalidad que se pretende. Es evidente que resultaría imposible una comprensión cabal de las razones del atraso económico español mediante un seguimiento puntual de la coyuntura. Esto no significa que los estudios centrados en las fluctuaciones o en períodos específicos de crisis o de crecimiento no sean útiles, muy al contrario. Pero dadas las pretensiones explícitas del trabajo de Tortella, los factores estructurales son los que deben tener el mayor protagonismo.

Sin embargo, para que el análisis a largo plazo resulte eficaz es necesario que la definición de los períodos adoptados responda a los grandes puntos de inflexión, a aquellas coyunturas que pueden ser consideradas como momentos de ruptura de la dinámica económica de fondo. De lo contrario, los argumentos explicativos expuestos pueden resultar forzados, y algunos fenómenos quizá decisivos quedar devaluados. Desde esta perspectiva, creo que la opción "secular" de Tortella es altamente discutible. Ni el punto de inicio del primer período (1800) ni el del segundo (1900) parecen responder a otra cosa que a una comodidad convencional. Su defensa de la cronología adoptada en el capítulo inicial resulta muy poco convincente. Primero, porque se apoya en elaboraciones estadísticas sobre la evolución del producto nacional bruto español que tampoco lo son, y, segundo, porque, aun aceptando estas cifras, la existencia de un corte situado justo en el cambio de siglo resulta muy poco evidente.

Esta estructura cronológica tiene, a mi entender, resultados negativos para la comprensión del crecimiento a largo plazo de la economía española. En primer lugar, devalúa de forma inevitable la importancia de dos períodos en los que se generó, en mi opinión, buena parte del "retraso" económico español: el primer tercio del siglo XIX y los años de la última guerra civil y del primer *franquismo*. Aunque Tortella llama la atención sobre las características depresivas de ambos períodos (más sobre el segundo que sobre el primero), el hecho de que queden incluidos en las grandes fases seculares hace difícil que el lector les otorgue la importancia que tuvieron como períodos de divergencia fundamental respecto a otros países. En segundo lugar, al tener cada parte del libro una estructura sectorial, fenómenos que acarrearán consecuencias generales,

como la pérdida de los mercados coloniales o la autarquía, han de abordarse de forma repetitiva en casi cada capítulo sin que el lector pueda al final aprehender las dimensiones de su generalizado efecto sobre el conjunto de la economía.

La tercera opción de Tortella es de carácter teórico. Adopta una visión estrictamente liberal en la interpretación de los factores que pudieron afectar al desarrollo económico de España. Esta visión liberal, que en mi opinión resulta en ocasiones excesivamente simplista, tiene especial relevancia al atribuir a determinadas políticas económicas una responsabilidad importante en el atraso económico español. Antes de entrar en ello, sin embargo, resulta conveniente revisar su visión general sobre las causas del atraso.

En opinión de Gabriel Tortella, tres elementos fundamentales pueden explicar las dificultades de España para seguir una pauta más "europea" de crecimiento: las limitaciones impuestas por el medio natural; el lastre de nuestra historia cultural; y los efectos perniciosos de buena parte de las políticas económicas adoptadas.

La revisión del papel de los recursos naturales en el desarrollo económico español que presenta Tortella resulta, en mi opinión, muy oportuna. Sus apreciaciones se centran especialmente en las limitaciones existentes a la mejora de la agricultura. El escaso rendimiento de la tierra agrícola hallaría su razón fundamental en unos suelos demasiado pobres y en una climatología demasiado seca y fría en la mayor parte de la Península. Al no producirse cambios importantes en la población agraria durante el siglo XIX, la productividad por activo agrario se habría mantenido muy baja, con los consiguientes efectos depresivos sobre la demanda de manufacturas y el desarrollo industrial. El argumento me parece incontestable, pero dos cuestiones surgen de inmediato. La primera: ¿por qué no emigraron los campesinos españoles antes y en mayor proporción de lo que lo hicieron? La segunda: ¿tuvo algo que ver la desigual distribución de la propiedad de la tierra y de la renta agraria en el atraso de la agricultura española?

Para responder a la primera de estas cuestiones Gabriel Tortella parece adherirse a la sugerente tesis planteada por Blanca Sánchez Alonso: la protección al cereal habría retrasado y limitado la emigración rural española en relación a la de otros países. De hecho, para Tortella, la protección no sólo sería responsable del mantenimiento de la población agraria en el campo sino también de la lentitud en adoptar mejoras allí donde eran posibles. Con su habitual claridad y contundencia nos dice "¿Por qué fue tan lenta la transición a la agricultura moderna? La respuesta es simple: por la protección arancelaria" (pág. 58).

Sospecho que la cuestión es más compleja. Ni las causas de la emigración —o de su debilidad— se agotan en los precios relativos de los productos agrarios, ni parece posible obviar la interrelación entre los regímenes de tenencia de la tierra y la dimensión de las explotaciones, de un lado, y la introducción de innovaciones, de otro. Una larga y densa literatura del desarrollo sobre estos temas está pendiente de revisión por los historiadores agrarios españoles. Tortella no se refiere, tampoco, a posibles razones culturales o sociales del atraso agrario. Parece sorprendente que mientras, como veremos, atribuye la escasez de empresarios modernos a la historia cultural y a la estructura social del país no considere la posibilidad de que estos factores también contribuyeran al mantenimiento en el campo de unos sistemas de explotación y unas relaciones sociales poco propicias a la innovación.

Dentro del tema de la dotación de recursos naturales es preciso detenerse en otro aspecto: la carestía del carbón. Recogiendo la expresión de Nadal, Tortella admite que

"el problema carbonífero era serio", y que empeoró como consecuencia de la protección otorgada al carbón español, recargando los costes de las actividades consumidoras (págs. 96-97). Sin embargo, no lo considera así cuando unas páginas antes, en el mismo capítulo, analiza las posibilidades competitivas de la industria manufacturera española del siglo XIX. No olvida que la única alternativa al carbón en esa época era la energía hidráulica directa, pero sí que ésta tenía una aplicación muy limitada y que de ninguna forma situaba los costes energéticos en niveles comparables con los de los países dotados de carbón barato.

Un segundo factor de atraso destacado por Tortella es el cultural y educativo. Otorga mucha importancia a los bajos niveles de alfabetización como un elemento explicativo del fracaso decimonónico de la economía española. Las razones de los bajos niveles de instrucción quedan menos claras, y los más destacados parecen llevar a un círculo vicioso atraso-oferta y demanda de educación insuficientes-atraso. Sin quitar importancia a los efectos —esencialmente a largo plazo— de los niveles de alfabetización, creo que sería mucho más operativo para la comprensión de los problemas del desarrollo español plantearse el tema de la formación técnica. Esta no iba forzosamente ligada a la capacidad de leer y escribir. Es sabido que en las primeras fases de la industrialización, tanto en España como en otros países, buena parte de la mano de obra industrial cualificada era analfabeta o cuasianalfabeta. Saber la forma en que se adquirirían y transmitirían los conocimientos técnicos permitiría analizar mejor las dificultades con que topaba la difusión de las innovaciones.

Otro aspecto destacado por Tortella en este ámbito es lo que él denomina escasez del factor empresarial en España. Según Tortella, España ha adolecido durante toda su etapa contemporánea de falta de empresarios modernos capaces de asumir riesgos y de impulsar la adopción de innovaciones. Por el contrario, los empresarios españoles dedicaron sus desvelos a conseguir protección arancelaria o subvenciones públicas para mantener su tasa de beneficios. Las razones de este hecho las busca Tortella en argumentos tan antiguos como el prejuicio aristocrático contra el trabajo, la desconfianza de la religión católica hacia el capitalismo o la ortodoxia esterilizante impuesta por la Inquisición.

Debo reconocer mi escepticismo hacia este tipo de explicaciones. No creo que en España faltaran empresarios modernos. Si atendemos al período anterior a la última Guerra Civil, hubo empresarios españoles —y muchos— en todos aquellos sectores donde no se dieron barreras de entrada insalvables, como la necesidad de grandes capitales iniciales que sólo se podían obtener en los mercados internacionales o la existencia de tecnologías cautivas. Otra cosa es que las circunstancias en las que desarrollaron sus iniciativas llevaran a estos empresarios —y a los extranjeros establecidos en España— a adoptar en algunas ocasiones políticas defensivas y poco proclives a la innovación. Quizá, simplemente, es que, respecto a otros países, había riesgos más elevados, derivados de mercados menos estables y de una situación política más voluble, que obligaban a buscar mayores seguridades. En cualquier caso, utilizar la actual escasez de empresarios españoles "internacionales" como prueba de esa falta de factor empresarial no me parece aceptable. Veinte años de autarquía, primero, y otros veinte años largos fuera del mercado común europeo, después, conjuntamente con una presencia asfixiante de la empresa pública, me parecen razones más convincentes que cualquier tara histórica para explicar esa escasez.

He dejado para estos párrafos finales el análisis de las opiniones de Gabriel Tortella sobre la política económica española. Es aquí donde la impronta liberal del

autor queda más de manifiesto. Debo empezar por decir que buena parte de sus posiciones me parecen bien sustentadas y acordes con lo que hoy por hoy sabemos sobre los avatares de la acción económica del Estado. Así, por ejemplo, las páginas dedicadas al estudio de las finanzas públicas, tanto del siglo XIX como del siglo XX, me parecen ejemplares.

Otros puntos son más discutibles. En cuando a la política monetaria, por ejemplo, sorprende el cambio de posición del autor entre el capítulo VII, referido al siglo XIX, y el capítulo XIV, correspondiente al siglo XX. Mientras que, en el primero, Tortella defiende con fuerza los efectos favorables de la permanencia de España fuera del patrón oro ("en un país subdesarrollado como España el patrón oro era un lujo muy caro... destinar el oro a circular es un despilfarro extravagante" [pág. 177]); en el segundo, se muestra mucho más cauto y, citando trabajos recientes, destaca los efectos negativos de la flotación de la moneda española –dificultar las inversiones extranjeras y el comercio exterior– frente a una posible ventaja –la discrecionalidad de la política monetaria– que sólo se hizo efectiva en los años 1920-1936 (pág. 331). El lector no sabe a qué atenerse.

La posición de Gabriel Tortella en relación con la política comercial exterior española siempre ha sido clara: en contra de cualquier medida proteccionista y en favor del libre cambio. Se ratifica en ello de forma reiterada en el libro que comentamos. Los argumentos que utiliza, sin embargo, me parece que simplifican en exceso una cuestión mucho más compleja. El modelo implícito en el que basa sus aseveraciones es, por un lado, estático (no cree posible un crecimiento endógeno vinculado a la difusión del conocimiento o a la mejora en la cualificación de la mano de obra vía aprendizaje) y, por otro, presupone competencia perfecta (no parecen existir economías de escala ni economías externas). Tampoco se analiza la posibilidad de que la protección pudiera ser en algunos casos el único instrumento en manos del poder público para compensar otros fallos de mercado, como una aguda fragmentación del mercado de trabajo.

Plantear estas cuestiones hubiera exigido diferenciar entre la protección otorgada a actividades de baja productividad relativa y pocas posibilidades de generar externalidades estáticas o dinámicas positivas (cereales, minería del carbón,...) y la otorgada a la industria manufacturera. Gabriel Tortella no postula la viabilidad de un desarrollo económico español basado exclusivamente en la agricultura, pero afirma que la industrialización se hubiera producido con igual o mayor intensidad sin protección. Dado el nivel de partida de España en lo referido a la formación de la mano de obra, la cualificación de los posibles empresarios, la disponibilidad de infraestructuras, etc. esto me parece extremadamente dudoso. El problema es que los posibles efectos positivos generados por la protección en estos campos sólo se observan a largo plazo y de forma difusa, pero eso no autoriza a ignorarlos.

La valoración de los efectos de la protección, incluso de los más inmediatos, presenta, por otro lado, importantes dificultades empíricas. La falta de datos fiables sobre la protección efectiva y la necesidad de tener en cuenta la estructura del mercado interior de cada producto o sector (existencia o no de barreras de entrada o de oligopolio) hacen muy arriesgada cualquier hipótesis. Con la honestidad intelectual que le caracteriza, el propio Tortella reconoce la contradicción existente entre el hecho de que España fuera uno de los países con más altos aranceles de Europa durante el siglo XIX y que, sin embargo, su comercio exterior fuera el de crecimiento más rápido en la zona: "[quizá] el impacto del arancel sobre el comercio exterior no era tan radical

como sus enconados detractores o defensores pensaban... [quizá] la protección efectiva no fue tan alta..." (pág. 175).

A un nivel todavía más básico, los propios valores de la balanza comercial ofrecen graves contradicciones. Tortella señala con acierto la incongruencia existente entre el superávit comercial defendido por Prados para el período 1880-1913 y lo que sabemos sobre la evolución monetaria y del mercado de capitales (págs. 131-132). Yo mismo puse de manifiesto la imposibilidad de aceptar las valoraciones calculadas por A. Tena para los años de la Primera Guerra Mundial. Sorprende que siendo consciente de estos problemas, Tortellá utilice sin mayor comentario estas elaboraciones en su análisis global sobre el comercio exterior.

En definitiva, los juicios de Gabriel Tortella sobre la política económica reflejan la incertidumbre en la que todavía nos movemos los historiadores económicos españoles, una incertidumbre que solo podrá despejarse mediante un esfuerzo adicional de aportar nuevos datos y de introducir modelos más complejos y más acordes con la realidad española.

Todas las consideraciones críticas hasta aquí desgranadas surgen, como es natural, del propio interés del libro de Gabriel Tortella y de su valentía a la hora de abordar los temas más polémicos. Un libro, quiero repetirlo una vez más, que es el resultado de un trabajo ímprobo y de una capacidad analítica excepcional. Duele más, por ello, que contenga una serie de errores en los gráficos y en algunos nombres propios, no achacables al autor, y que denotan una labor editorial deficiente, algo lamentablemente tan común en España. En cualquier caso, se trata de una aportación fundamental a la comprensión del desarrollo económico español de los últimos dos siglos, cuya influencia será sin duda profunda. Su lectura es indispensable para cualquier estudiante, profesional o curioso que quiera conocer los orígenes de la economía española actual y algunas de las claves de su futuro.

